

A CUESTAS CON ELLA

No se arrepentía de haber dicho que sí, que ella lo quería. Pero sinceramente aquello era difícil de transportar. Bajaba las escaleras mecánicas del metro como con una amiga. Las dos juntas mirándose, charlando e incluso parecía que riendo como recobrando una conversación de sobra conocida, muchas veces interrumpida y otras tantas reanudada. Para ella era fantástico, no comprendía la mirada absurda de estupor del joven frente al que se sentó en el vagón.

Cuando iba a abandonar el gran almacén al que había ido a curiosear después de ocho horas limpiando pasillos y oficinas, no pudo remediar que sus ojos se fuesen tras aquella figura de cartón a todo color y de cuerpo entero de su gran ídolo, la folclórica de su devoción. No tuvo más remedio que preguntar al señor de mono azul qué iban a hacer con aquello. El stand, era evidente, lo estaban desmantelando. Después de la promoción de su último disco debían dejar sitio libre para otros lanzamientos y otros futuros número uno.

El operario había sido el primero en mirarla con cara rara: *si lo quiere, por mí, se lo puede llevar*. La sorpresa vino cuando, sin contestar siquiera, ella agarró la foto de cuerpo entero con el título del último disco grabado en letras doradas y se la llevó por la puerta antes de que nadie pudiese cambiar de idea y se lo impidiese.

Así que allí estaba, intentando entrar en el vagón en plena hora punta vespertina con un póster de cartón de metro setenta. La gente cuchicheaba, pero ella sabía bien lo que decían, todo era producto de la envidia. Afianzaría bien su tesoro porque estaba segura de que más de una y más de uno intentaría robárselo, pero no, no se lo quitarían. Menuda se iba a poner su vecina, ¡que se aguante! Ya le rebozaba muchas veces por la cara que si su hijo tal, que su hija cual. Una mentirosa,

eso es lo que era.

Llevaba aquel trofeo y se lo enseñaría a su hija. Bueno, cuando viniese a verla, lástima que cada vez pasase más tiempo sin ir por casa, desde que se había ido a vivir con aquel pelanas solo volvía cuando quería algo, normalmente, dinero. Se lo enseñaría a su hijo, solo eso, enseñárselo, porque aquel zángano nunca oía nada que no saliese de su mp3, ¡Dios! si parecía que llevaba los cascos pegados a las orejas. Le costaba trabajo decir cuando le había visto por última vez sin ellos y pudieron tener una conversación normal.

Pero a su Antonio sí le gustará, seguro que sí. Últimamente no le hace mucho caso, pero es que tiene muchas preocupaciones. Trabaja en el bar del tanatorio, la gente cada vez gasta menos y su jefe le exige a él, como encargado, unos ingresos mínimos.

Las estaciones pasan y en los cristales la negrura del túnel le devuelve una imagen grotesca. Agarrada a su folclórica, por un breve instante sintió pena de sí misma. Pero, ¡qué demonios! iba a quedar estupenda en el cuartito. Hablaría con ella y le contaría sus cosas. Por lo menos aquella foto parecía escucharle, no se largaría dejándola sola y siempre tendría dispuesta para regalarle una sonrisa y una cara amable.

II

La distancia entre dos personas aplastadas una contra otra en la hora punta del metro es inversamente proporcional a la necesidad de cariño que ambas sumadas tengan.